

*Los raros*

# Literatura radioactiva: el Nobel a Svetlana Alexiévich

Rosa Beltrán

Estamos frente a un acontecimiento inusitado. El Nobel de Literatura se da por primera vez a un género visto con resquemor: el periodismo. Podría alegarse que el desdén a una forma discursiva considerada “menor” —qué extraño que sigamos pensando en géneros “mayores y menores”— terminó con el “Nuevo Periodismo”. Pero el hecho de que Tom Wolfe hablara de que quienes pensaron en la ficción como instrumento idóneo para presentar acontecimientos verificables en la realidad han vuelto digerible el dato “puro y duro” y fundado una escuela global no quiere decir que no haya quienes consi-

deren hoy, aquí y ahora, que si se discute de literatura hay de géneros a géneros.

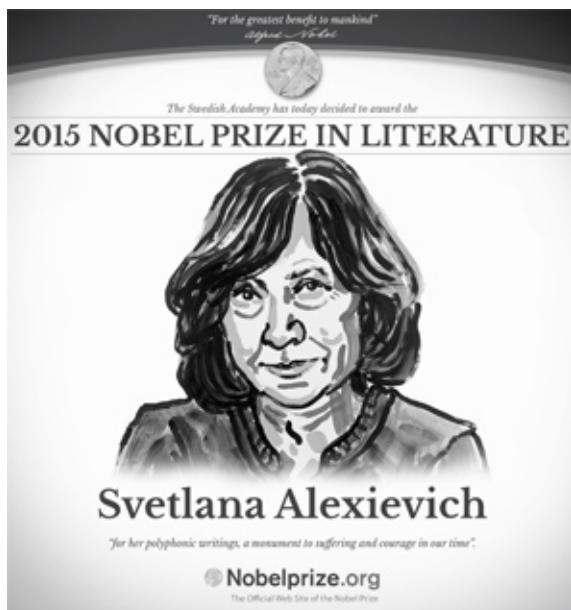
¿Y Ryszard Kapuściński? “Escribe bien”. ¿Y Truman Capote? “Es una completa ama de casa de Kansas, con todos sus prejuicios”. ¿Y Graham Greene? “Más cronista que escritor” o “en tres obras se acercó a la obra maestra que nunca llegó a escribir” ( citas citables que el curioso puede encontrar en Internet).

Ha habido autores que obtuvieron el Nobel de Literatura por géneros que no son poesía ni ficción, es verdad. Winston Churchill lo obtuvo por sus memorias y Bertrand Russell “en reconocimiento por

sus variados y significativos escritos donde privilegia el humanismo”. Uno era estadista y el otro filósofo. El estadista más amado y odiado de su tiempo y el filósofo más conocido del suyo. Eran famosos. Svetlana Alexiévich era desconocida para la mayoría de los lectores fuera de Rusia. Había sido traducida a varias lenguas y su obra *Plegaria a Chernobyl* (*La Supplication*) fue puesta en escena y publicada en Francia, con cierto éxito. Hay también fragmentos de esta y de otras obras en la Red. Pero no es hasta ahora, después del Nobel, que la autora será publicada, distribuida y leída por un público no espe-



Svetlana Alexiévich



cializado aunque curioso de saber, más allá del género o gracias a él, qué ocurrió en las mentes y la sensibilidad de quienes habitaron ese totalitarismo llamado la URSS. Al hablar de quienes la leerán estuve tentada a escribir público “masivo”. Será tan masivo como es el público de quienes leen.

La causa de que pueda ser leída por un grupo numeroso tiene que ver con que se trata de una periodista (no un periodista) que habla de un fenómeno muy actual. De ese “nuevo Adán” que se construyó durante los totalitarismos, específicamente el de la ex Unión Soviética, el *homo sovieticus*. “Distinto de quienes no lo son”, al decir de la autora: un habitante de varios países y varias lenguas, pero perfectamente distinguible entre sí. “Sólo un soviético puede comprender a un soviético. Todos teníamos una única y sola memoria comunista. Somos vecinos por la memoria”.<sup>1</sup>

El *homo sovieticus* comprende varios comportamientos, desde el compartido terror a “hablar de más”, a “hablar”, a “estar en boca de otros” o “recibir correspondencia”, hasta lo que Alexiévitich llama la “colectivización”, la “desgulaguización” como fenómenos inoculados imposibles de erradicar. Ser un *homo sovieticus* es responder a un término anfibio que habla tanto de la víctima como del victimario, como

cuando la autora de *El fin del hombre rojo o el tiempo del desencanto* dice de Aleksandr Lukashenko, con más de 21 años en el poder y a quien Washington apodó “el último dictador de Europa”: “no es un hombre digno de confianza, es un *homo sovieticus* y no va a cambiar jamás”.

Una razón más para suponer que Svetlana Alexiévitich será leída es que si un Premio Nobel puede hablar de tendencias, no sólo de tendencias políticas sino de tendencias literarias, de lo que le dice o nos dice la literatura en tiempo presente, la vuelta al periodismo y el interés por la crónica hablan de la necesidad de los lectores de una aproximación lo más cercana posible a la “vida real”. Hay un cierto cansancio de la experimentación teórica y una necesidad de una literatura que nos reconecte con lo que nos está pasando y la forma como está pasando: recibimos el mundo a través del *zapping* en el que intervienen múltiples acontecimientos (o múltiples variantes de un acontecimiento) y varias voces.

Alexiévitich escribe a partir de una polifonía. Reúne a lo largo de varios años testimonios no sobre las catástrofes mismas sino sobre las consecuencias que esas catástrofes tienen en las vidas de las personas. De cómo el mundo se adapta a la nueva realidad después del desastre tecnológico más grave del siglo xx (Chernóbil, 1986). No del efecto visible e inmediato, sino de algo que Don DeLillo capturó en su novela *White Noise*: lo tremendo del

ruido blanco es que no hay huellas físicas al principio. Es poco a poco que esas marcas aparecen (a veces como cáncer, malformaciones, diversas enfermedades; otras como secuelas que tienen que ver con conductas paranoides, con un pánico permanente). Y esa huella invisible del mal marca una forma de violencia inédita. La tercera guerra mundial, el ruido blanco. Tener miedo por algo que sabes que te ha tocado pero no sabes cuándo empezará a mostrar sus consecuencias en tu cuerpo o en el de otros, ni por cuánto tiempo.

Por último, Alexiévitich será leída porque habla de algo no escrito: *La guerra no tiene rostro de mujer* (Debate) es la reconstrucción de la historia de las mujeres que combatieron en la Segunda Guerra Mundial. Su autora dice que conocemos la historia de la Segunda Guerra escrita únicamente por hombres mientras que sólo en el ejército soviético combatieron más de un millón de mujeres que primero tuvieron que matar y después aprender a sonreír y llevar tacones porque era necesario casarse. Esta obra fue acusada de romper la imagen heroica de la mujer soviética. Esa que tenemos en las estampas y cromos de las distintas épocas: con una pañoleta y una hoz, segando el campo. Por esa razón la obra fue prohibida en Rusia. Lukashenko la felicitó seis horas después de conocer la decisión de la Academia. “Su literatura no ha dejado indiferentes a los bielorrusos ni a los lectores del resto del mundo”. Ojalá que así sea. **u**

<sup>1</sup> “Observaciones de una cómplice”, *Milenio Diario*, 10 de octubre de 2015, p. 7.